

Evolución de la visión de África desde la historia y los historiadores... a la luz del Gran Zimbabwe*

Reflexionar acerca de la evolución de la visión de África desde la historia y los historiadores es un cometido considerablemente extenso y sumamente complejo: extenso por el periodo que abarcaría y complejo porque ya su enunciado se presta a múltiples interpretaciones, aunque solo sea desde el punto de vista semántico. Así pues, en aras de la concisión y la claridad, conviene delimitar la cuestión a tratar en las páginas siguientes, justificar los límites elegidos e ilustrarla con un ejemplo paradigmático; para lo cual será útil comenzar por definir los términos del enunciado.

Por lo que se refiere a la palabra ‘evolución’, esta alude a dos conceptos: cambio y dinamismo; cambio entendido como muda y alteración, como modificación y transmutación; dinamismo en el sentido de propulsión, de movimiento hacia delante. En definitiva, se trataría de un proceso que implica una serie de transformaciones que se suceden unas a otras.

El enunciado comienza a enredarse cuando se introduce el término ‘visión’, porque ‘visión’ es, según el *Diccionario de la lengua española* de la RAE, «la acción de ver» y, como toda acción, requiere de un sujeto agente, que aquí parece ser la historia; sin embargo, la historia no *hace*, sino que *se hace*; no es pues un agente sino un objeto elaborado.

Quienes elaboran esa historia son, en general, los historiadores, esto es, quienes se dedican al «estudio de los acontecimientos pasados dignos de recordarse» o, parafraseando a Voltaire, al estudio del relato de los hechos que se tienen por verdaderos. Esta definición, por su generalidad, requiere varias acotaciones para ajustarse al propósito del presente artículo: la primera se refiere a los historiadores, cuyo conjunto se reduce aquí a los europeos, o más bien a quienes comparten la episteme europea, con alguna que otra excepción.

La segunda acotación tiene que ver con los materiales y las herramientas utilizados. Esos elementos con los que se construye la historia son diversos y abarcan también otras disciplinas, desde los estudios lingüísticos a las ciencias sociales o la arqueología pasando por las tradiciones orales, si bien estas últimas las aceptan con cierta reticencia algunos de los historiadores formados en el ámbito académico europeo, que les presumen alteraciones, más o menos voluntarias, temporales y fácticas, tal como manifiestan Roland Oliver¹ y Anthony Atmore:

* Texto original del capítulo publicado en Seminario de Investigación para la Paz, *África hoy, oportunidad o amenaza*, Zaragoza: Mira Editores, 2020, pp. 43-65.

¹ Roland Oliver (1923-2014) fue el primer profesor de la asignatura de Historia Africana establecida en 1948 en la School of Oriental and African Studies (SOAS) de la London University.

Las personas suelen olvidar aquellas cosas que no les son importantes en la vida cotidiana, y los pueblos ágrafos carecen de la capacidad de ubicar con precisión los acontecimientos pasados en el marco cronológico. En tanto permanece en el estado oral, la tradición es susceptible de ser distorsionada para ponerse al servicio de las necesidades ideológicas o propagandísticas de las sucesivas generaciones.²

Las fuentes escritas, en cambio, suelen ser las más valoradas, especialmente las primarias y las documentales; ya lo decía el historiador británico A. P. Newton: «La historia no comienza hasta que los hombres se ponen a escribir».³ Si bien cabría recordar también que esas fuentes no son siempre tan fidedignas, verídicas o creíbles como suele pensarse.

La supuesta escasez de fuentes escritas es uno de los argumentos, esgrimido durante años, para menospreciar o incluso negar la historia de África. Sin embargo, tal como indicaba el historiador Joseph D. Fage, «[L]a historia escrita de África es tan antigua como la historia escrita misma».⁴ Parece obvio pues que la clasificación de las fuentes escritas acerca del continente suela utilizarse como guía para sistematizar la historiografía de África.

Así, por ejemplo, Funso Afolayan distingue varios periodos y tendencias:

[...] los escritores de la Antigüedad clásica escribieron sobre África y, si bien su interés principal no era siempre la historia del continente, dejaron documentos de valor histórico. A ellos les siguieron estudiosos árabes y musulmanes, cuyos escritos se han convertido en fuentes valiosas para la reconstrucción de la historia del África islámica. Más cercano a la era moderna está lo que escribieron los mercaderes, viajeros, misioneros y colonizadores europeos. Los relatos que dejaron estos distintos grupos eran a menudo prejuiciosos, tendenciosos y a veces paternalistas (e incluso recriminatorios) en relación con los súbditos, clientes o anfitriones africanos; en su calidad de relatos de la época, siguen siendo valiosas fuentes del pasado africano.⁵

Basil Davidson incluye además algunas fuentes chinas cuando hace referencia al África oriental y a sus relaciones con otras regiones bañadas por el océano Índico entre los siglos VII y XVI. Otros autores, como Hichem Djaït o Ivan Hrbek, pormenorizan la clasificación atendiendo no solo a criterios temporales o regionales, sino también a la tipología de los escritos y a las lenguas utilizadas, distinguiendo entre las fuentes africanas y las ajenas; lo que les permite elaborar

² Roland Olivier y Anthony Atmore, *The African Middle Ages: 1400-1800*, Cambridge: Cambridge University Press, 1981, p. 1.

³ Citado por John Donnelly Fage, «The development of African historiography», en Joseph Ki-Zerbo (ed.), *General History of Africa. I Methodology and African Prehistory*, Paris: Heineman / California / UNESCO, 1981, p.32.

⁴ Ibid. p. 25.

⁵ Funso Afolayan, «Historiography and Methods of African History», *Oxford Bibliographies*, 2012, DOI: 10.1093/OBO/9780199846733-0011, p. 6.

un exhaustivo inventario.⁶ Joseph Ki-Zerbo, por su parte, señala que «[los documentos escritos...] se hallan mal distribuidos por periodos y regiones» y los clasifica atendiendo a las siguientes categorías: fuentes antiguas (egipcias, nubias y grecolatinas; árabes; europeas o soviéticas (narrativas o de archivo); africanas «recientes» (meroíticas, etíopes, en lengua o escritura árabe, en lenguas europeas, en escritura africana moderna...), y asiáticas o americanas.⁷

Otra alternativa a la escogida para este ensayo hubiera sido estudiar la historiografía hispana de África, pero apenas hubiera resultado un remedo del riguroso y sugerente trabajo publicado por los historiadores Mariví Ordóñez de Pino y Germán Santana Pérez «Los estudios hispanos sobre el África subsahariana: una perspectiva histórica».⁸

Gran Zimbabwe

Teniendo en cuenta lo anterior, la extensión geográfica del continente y la amplitud temporal que abarca la historia de África, he considerado conveniente, tal como se indica arriba, ilustrar la evolución de la visión de África desde la historia y los historiadores con el ejemplo de lo escrito acerca de las ruinas del Gran Zimbabwe.

Esta elección responde esencialmente a que el caso elegido brinda una buena muestra precisamente del modo en el que se ha ido modificando la perspectiva desde la que se estudiaron y se estudian las mencionadas ruinas, una perspectiva harto interesante, pues dice mucho de los ojos con los que se ha observado el monumento a lo largo de la historia.

Zimbabwe es hoy un estado interior en el sur de África —limitado por Mozambique, Sudáfrica, Botswana y Zambia— que tomó su nombre en 1980, al recuperar la soberanía,⁹ del monumento homónimo al sudeste del país conocido como el Gran Zimbabwe.

El Gran Zimbabwe es singular no solo por su tamaño, sino también por su mampostería. Muchas de sus estructuras están hechas con bloques rectangulares de granito extraídos de crestones cercanos. El nombre de la ciudad deriva del término [de la lengua] *shona* 'dzimbabwe' que significa casas de piedra. Los bloques, colocados en hiladas sin argamasa, forman muros firmes, exentos y curvados cuya altura es a menudo el doble de su

⁶ V. H. Djaït, «Written sources before the fifteenth century» y I. Hrbek, «Written sources from the fifteenth century onwards», en J. Ki-Zerbo (ed.) op. cit.

⁷ Josep Ki-Zerbo, *Historia del África Negra. De los orígenes a las independencias*, [1978 (Hatier, Paris)], traducido por Carlo A. Caranci, Barcelona: Bellaterra, 2011, p. 31.

⁸ Germán Santana Pérez y Mariví Ordóñez de Pino, «Los estudios hispanos sobre el África subsahariana: una perspectiva histórica», *Espacio, Tiempo y Forma. Serie IV, Historia Moderna*, t. 20, 2007, pp. 13-41.

⁹ En 1895 este territorio, con otros anejos, fue declarado colonia y bautizado con el nombre de Rhodesia, en honor al aventurero convertido en magnate Cecil Rhodes. En 1911 la colonia se dividió en Rhodesia del Norte, hoy Zambia, y Rhodesia del Sur, hoy Zimbabwe.

anchura.¹⁰

De las ruinas del Gran Zimbabwe decía el escritor Heinrich Pleticha en 1985 que «hay pocos lugares en África a los que se haya rodeado de tantas hipótesis científicas y suposiciones fantásticas».¹¹ De hecho, las ruinas han sido musas de ficciones como *Las minas del rey Salomón* de Henry Rider Haggard; pero también, objeto de las descripciones de historiadores, cronistas y geógrafos.

Ya en el siglo X, Al-Mas'ūdī hablaba de un país que, al este de Sofala (en la actual Mozambique), producía oro:

Los marineros de Omán [...] navegan por el mar de los zandj¹² hasta la isla de Kanbalu y la Sofala de los demdemah, que se encuentra el extremo del país de los zandj y los países vecinos. También los mercaderes de Siraf suelen surcar este mar [...] El mar de los zandj llega hasta el país de Sofala y de los wäk-wäk, en el que hay oro en abundancia y otras cosas maravillosas.¹³

Cuatro siglos después, el incansable viajero Ibn Battuta, en su libro *Rihlah* (De viajes),¹⁴ seguía mencionando el lugar, aunque con otro nombre:

Entonces me hice a la mar en la ciudad de Mogadishu rumbo a la tierra de los swahili y a la ciudad de Kilwa, que es el país de los zandj [...] Un mercader me dijo que Sofala estaba a un mes a pie de Kilwa, y que entre Sofala y Yufi, en el país de los limiin hay un mes de marcha. Oro en polvo se trae de Yufi a Sofala.¹⁵

Y fue el oro —su producción y comercio— el que contribuyó a la prosperidad de la costa oriental de África tanto como a la del Gran Zimbabwe, centro político y económico de la zona interior.

Marineros, mercaderes y cartógrafos

Del oro, y de la ciudad cuyas ruinas se conocen hoy como Gran Zimbabwe, habla también el portugués Diogo de Alcáçova en 1506:

El reino, señor, en el que se encuentra el oro que llega a Sofala, se llama Vealanga, y es un reino muy extenso, en el que hay muchas ciudades grandes, además de pueblos, y la misma Sofala también está en ese reino, aunque no todo el territorio de la costa. A los reyes del interior no les importa mucho o nada si los moros la dominan [Sofala]. [...] Y, señor, un hombre puede ir de Sofala a una ciudad que se llama Zumubany [¿Zimbabwe?] que es muy

¹⁰ Webber Ndoro, «Great Zimbabwe». *Scientific American*, November 1997, p. 97. El historiador Ndoro fue el conservador de los Monumentos Nacionales de Gran Zimbabwe entre 1988 y 1994.

¹¹ Heinrich Pleticha, *Simbabwe: Entdeckungsreisen in die Vergangenheit*. Stuttgart: Thienemann, 1985, p. 7.

¹² Se refiere a la costa oriental de África; 'zandj' era el término con el que los árabes de la época designaban a los habitantes de la costa africana del Índico, más adelante conocidos como 'swahili'.

¹³ Basil Davidson, *The African past: chronicles from antiquity to modern times*, London: Longman, 1964, pp. 115-16.

¹⁴ Traducido como *A través del Islam*.

¹⁵ Basil Davidson, op. cit. pp. 116-17.

grande, en la que siempre reside el rey [...] en menos de veinte o veinticuatro días; y en todo el reino de Vealanga se extrae oro.¹⁶

Hacia ya unos años que Bartolomé Díaz había conseguido bordear el Cabo de Buena Esperanza y que la primera expedición de Vasco da Gama había tenido sus primeros encuentros con los habitantes de costa oriental de África, unos encuentros que en sus etapas iniciales, mientras fondeaban las costas de lo que hoy es Mozambique, estuvieron teñidos de desconfianza y plagados de malentendidos, a pesar de lo cual, los portugueses atisbaron las riquezas que se escondían en el interior, tal como relata el cronista Álvaro de Velho:

Los hombres de esta tierra son de tez oscura [...] y hablan como los moros; y sus ropas son de algodón y lino, muy finas y de muchos colores [...] Y son mercaderes y comercian con los moros blancos [...] Y nos pareció [...] que más abajo de a donde nos dirigíamos había mucho [oro] y que las piedras y los aljófares y el marfil abundaban tanto que no había que regatear por ellos, sino simplemente cogerlos, y al cesto (*apanhá-la os cestos*).¹⁷

Apenas unos años después, en 1552, el cronista oficial Joao do Barros «el mayor ideólogo portugués de la expansión ultramarina del siglo XVI»,¹⁸ a la limón con Diogo do Couto, publicaba su obra *Da Asia: dos feitos, que os Portuguezes fizeram na conquista, e descubrimento das terras, e mares do Oriente (de las hazañas que hicieron los portugueses en la conquista y del descubrimiento de las tierras y mares de oriente)*. También Do Barros y Do Couto hablan del oro y del reino Benomotapa:

[...] estas minas son las más antiguas que se conocen en aquella tierra, todas a cielo abierto. En medio del cual [del país] hay una fortaleza cuadrada, toda de cantería por dentro y por fuera, muy bien labrada de piedras de maravillosa grandeza, sin argamasa entre ellas, cuya pared tiene más de veinticinco palmos de largo y una altura no tan grande con respecto a la largura. Sobre la puerta del edificio hay un letrero, que algunos moros mercaderes, que allí estaban, hombres doctos, no sabían leer ni decir qué letra era; y en torno a ese edificio hay otros sin relieves de piedra y sin cal y hay una torre de más de doce brazas. A todos estos edificios los de la tierra los llaman Symbaoc, que según ellos quiere decir corte, porque así llaman a cualquier lugar donde está Bonomotapa; y también a lo que es cosa Real y le dan ese nombre a todas las otras moradas del rey.¹⁹

¹⁶ Ibid. pp. 148. Este es un fragmento de la carta fechada el 20 de noviembre de 1506 al rey de Portugal y escrita por Diogo de Alcaçova (o Alcançova en el libro de Davidson), miembro de la expedición a las órdenes de Pedro de Nhaya (o Añaya).

¹⁷ Alvaro de Velho, *Roteiro da Primeira Viagem de Vasco da Gama*, citado por Sanjay Subrahmanyam, *Vasco de Gama*. Traducido por Juan Pedro Campos. Barcelona: Crítica, 1998, p. 95.

¹⁸ Ibid., p. 59.

¹⁹ Joao de Barros y Diogo do Couto. *Da Asia: dos feitos, que os Portuguezes fizeram na conquista, e descubrimento das terras, e mares do Oriente. Decada Primeira, Parte Segunda*. Lisboa: Na Regia Officina Typografica, (1552) 1777, pp. 377-378.

Para entonces, sin embargo, los portugueses ya habían dado algunos pasos importantes al objeto de controlar el comercio en el Índico, especialmente el del oro y el de la pimienta. Con tal fin habían buscado establecer diversos asentamientos, entre ellos una fortaleza construida en Sofala en 1506. Pero a pesar de sus esfuerzos o quizá por ellos, los lusos solo consiguieron desbaratar aquel sistema mercantil y ganarse cierta mala fama; según la *Crónica de Kilwa*, «quienes sabían la verdad confirmaron que eran personas corruptas y deshonestas que solo habían venido para otear la zona a fin de conquistarla»,²⁰ pero esa es otra historia.

En la que ahora interesa, el país del oro al este de Sofala empezó a dibujarse en los mapas europeos, en general con el nombre de Monomotapa. Y ya se sabe que, parafraseando a Paul Zumthor, nombrar un lugar es hacerse con él, reconocerlo como real.

Cabe recordar que en la mentalidad de los cronistas europeos seguía pesando una concepción del mundo en la que el relato bíblico estaba entretejido con la realidad. De ahí que el dominico Joao Dos Santos en su *Ethiopia Oriental*, junto a descripciones bien ajustadas a la realidad, como por ejemplo la ubicación de la fortaleza de Sofala, o a relaciones acreditadas acerca de las costumbres y creencias de los ‘cafres’,²¹ juzgadas, eso sí, desde la perspectiva católica de la época, incluyese la discusión sobre la ubicación de la legendaria Ofir:²²

Así que todos estos debates parecen corroborar que estos montes de Fura son la verdadera región de Ofir [...] Lo que también se puede confirmar en el texto de la Sagrada Escritura, donde se dice que Salomón enviaba sus naves en busca de oro a Tarsis: una región que los griegos ubicaban en África, donde están las minas de Fura, de las que estoy hablando [...] Y finalmente para ir terminando con esta cuestión, digo que la sierra de Fura, o Afura podría ser la región de Ofir, de donde se llevaba el oro a Jerusalem».²³

De este modo, quedó flotando en el imaginario europeo la asociación de un reino al oeste de Sofala —a menudo el reino de Monomotapa cuya capital era Symbaoe— con la bíblica Ofir, aunque esta asociación no se reflejó en los mapas.

La referencia a Ofir la retoma el geógrafo holandés Olfert Dapper en su famoso compendio sobre África *Naukeurige beschrijvinge der Afrikaensche eylanden*, publicado en 1668, al menos según la traducción de Rolf Italiaander: «También dicen [los habitantes de Sofala] que este [el reino de Monomotapa] es el verdadero lugar del que el rey Salomón hacía que le llevaran el oro».²⁴

²⁰ Basil Davidson, op. cit. p. 119.

²¹ Término con el que se designaba a los africanos, especialmente de la región oriental y austral, derivado del árabe clásico *kāfir*, que suele traducirse como ‘pagano’ o ‘infiel’.

²² V. en la *Biblia* el segundo libro de las *Crónicas*, 2Cro. 9.

²³ João dos Santos, *Ethiopia Oriental e varia historia de cousas no taeis do Orient*. Evora: Manuel de Lira Impresor, 1609, p. 128-29.

²⁴ Heinrich Pleticha, op. cit. p. 30.

Sin embargo, en la traducción al francés realizada por el propio Dapper en 1686, esa referencia ya no se encuentra, aunque el autor le sigue dedicando un capítulo al «imperio de Monomatapa», en el que dice que hay un palacio llamado «simboë», y describe la extracción del oro.

El país de *Monomotapa*, *Benomotapa* o *Benomotaxa* limita con el reino marítimo de Sofala [...] No sin razón los portugueses le llaman a este emperador el rey del oro: porque encontramos muchas minas en este estado y los ríos que pasan por sus vetas arrastran mucho. Como a los hombres les gusta tanto ese metal, los súbditos de Monomotapa se zambullen en los ríos y en los lagos y llevan a la orilla la arena del fondo del lecho para separar esa materia preciosa.²⁵

Durante los años y siglos siguientes mientras algunos mapas repetían el mismo contenido de reinos, poblaciones, montes, ríos y demás accidentes geográficos, no siempre en su ubicación exacta, otros —en clara correlación con las creencias y las ideas vigentes— simplemente se iban vaciando para llenarse de espacios en blanco, dando a entender que en los lugares representados no había nada ni nadie. «El representar la realidad en los mapas —dice Peter Whitfield— no es muy distinto de hacerlo en el arte o en la literatura: se trata del impulso de cristalizar, comprender y, en consecuencia, controlar ciertos aspectos de la realidad».²⁶

Aquel vaciado progresivo de los mapas de África elaborados por cartógrafos europeos bien podría vincularse con dos hechos que se combinan para despintar y borrar los signos de la vida africana: el primero es la trata de esclavos; el segundo, la intensificación del proceso colonizador.

La trata de esclavos que se prolongó durante cuatro siglos convirtiendo a los esclavos africanos en mercancías, esto es, en *objetos* de compraventa, que, en tanto en cuanto objetos, dejaban de ser humanos. La trata supuso un cambio cualitativo en el juicio europeo acerca de los africanos, que pasaron de ser vistos como iguales, aunque fueran diferentes, a ser considerados distintos e inferiores.²⁷ Además, la trata de esclavos despobló efectivamente las regiones de las que los negreros se llevaban a sus habitantes y desplazó a lugares más inhóspitos pero menos transitados a quienes intentaban escapar a ella, reconfigurando así tanto el mapa real y físico de África como la imagen europea y occidental de los africanos.

Por otro lado, la colonización de Sudáfrica se iba ampliando y enredando, especialmente con el desembarco de los británicos, a partir de 1820, y las fiebres del oro y de los diamantes a partir de 1867. Para poder ocupar las tierras, era

²⁵ Olfert Dapper, *Description de l'Afrique*. Amsterdam: Chez Wolfgang, Waesberge, Boom & van Someren, 1686, pp. 390-391.

²⁶ Peter Whitfield. *The Image of the World. 20 Centuries of World Maps*. London: The British Library, 1994, p. vii.

²⁷ Para ampliar datos, v. por ejemplo Basil Davidson *Black Mother. The Years of the African Slave Trade*.

moralmente conveniente que estuvieran vacías o, en todo caso como veremos, que hubiera alguna razón que justificara el reclamarlas.

Exploradores y arqueólogos

En 1871, el maestro alemán Karl Gottlieb Mauch, que se había ido al sur de África en busca de diamantes con los que hacer fortuna, pero que terminó escribiendo las crónicas de sus viajes por el interior de África austral para la editorial August Petermann, ‘descubrió’ las ruinas del Gran Zimbabwe.

El resultado más hermoso de todos mis viajes, el único del que me permito sentirme orgulloso, es el descubrimiento de las mencionadas ruinas de Zimbabwe. Cuando en 1867 oí hablar por primera vez de las ruinas, de las fabulosas edificaciones, me decidí a buscarlas [...] muchos de mis intentos fracasaron hasta que el 5 de septiembre de 1871 la suerte me permitió ser el primer blanco que las veía.²⁸

Mauch también se incorporó a la controversia, reavivada durante el siglo XIX al calor del orientalismo que suscitaban las ideas imperialistas: «Sin querer menospreciar ninguna de estas opiniones [sobre dónde está Ofir], creo no obstante que debo aportar la mía propia [...] de que Ofir es la actual Sofala o Sofara».²⁹

El hallazgo de Mauch no solo reabrió el debate, sino que sirvió además para plantear la duda sobre su origen, o más bien para resolverla de un modo turbador: las ruinas de Zimbabwe eran el vestigio de una raza civilizada y, por lo tanto, la edificación de la que procedían no podía haber sido construida por los antepasados de los africanos que habitaban la región.

Aunque al principio la novedad no tuvo excesiva repercusión, pues competía con otras exploraciones como las de Henry Morton Stanley o Richard Burton, poco a poco fue empujando a todo tipo de visitantes hacia la zona. Entre ellos, Willy Posselt, al que algunas fuentes califican de saqueador y otras de cazador de tesoros. Posselt, en línea con la tradición coleccionista y museológica europea y con la «ideología imperial de apropiación de los recursos naturales y culturales»,³⁰ se hizo con uno de los pájaros de estatita del Gran Zimbabwe que con el paso de los años se convertiría en símbolo de la República de Zimbabwe:

Examiné la mejor pieza de los cuatro ‘pájaros’ de piedra y decidí excavarla; pero mientras lo hacía, Andizibi y quienes le acompañaban se pusieron nerviosos y empezaron a correr de aquí para allá con sus armas y azagayas; yo me esperaba que nos atacasen, pero no me dejé interrumpir en la tarea. Le dije a Klaas, que había cargado dos escopetas, que le disparase al primero

²⁸ Heinrich Pleticha, op. cit., p.73.

²⁹ Ibid., p. 79.

³⁰ V. Edward Matenga, *The Soapstone Birds of Great Zimbabwe. Archaeological Heritage, Religion and Politics in Postcolonial Zimbabwe and the Return of Cultural Property* (Tesis doctoral), Studies in Global Archaeology 16, Uppsala Univrsitet, 2011, pp. 43-56.

que nos apuntase. A través de un nativo [...] le pude comunicar a Andizibi que no tenía intención de llevarme la piedra, sino que estaba dispuesto a comprarla. Esto lo tranquilizó evidentemente, pues no volvieron a molestarme.³¹

Posselt se llevó el pájaro e intentó vendérselo a Paul Kruger, a la sazón presidente de la República de Sudáfrica, para que se incluyera en la colección del Transvaal Museum de Pretoria, pero en vista de que Kruger le daba largas, Posselt terminó vendiéndoselo a Cecil Rhodes que, en su calidad de representante del expansionismo británico, era el enemigo político de Kruger, que a su vez encarnaba el nacionalismo afrikaner. «Cecil Rhodes, primer ministro de El Cabo entre 1881 y 1895 y presidente de ambas De Beers Consolidated Mines y British South African Company, [o sea con gran interés por controlar el territorio en el que se ubicaba el Gran Zimbabwe] apreciaba la utilidad de la historia»,³² y tomó las medidas oportunas para doblegar a Clio.

Una de las primeras fue invitar a James Theodor Bent, arqueólogo británico —anticuario y viajero— a que visitase el Gran Zimbabwe. Bent «excavó los alrededores de la Great Enclosure destruyendo con ello la estratigrafía de la zona [...] y tiró, desechándolos como insignificantes, objetos de barro y de metal, entre los que se incluían cuentas [para el intercambio comercial] árabes y persas».³³ Concluido su viaje, durante el que se llevó las otras tres figuras que dejase Posselt, publicó un libro en el que recogía sus hallazgos y deducciones, entre otras, las referidas a los pájaros de esteatita.

Ahora hemos de buscar comparaciones que nos permitan identificar el origen de los pájaros, y apenas albergo dudas al afirmar que parecen estar relacionados con las Astarte o Venus asirias, y que representan el elemento femenino de la creación. Pájaros similares eran consagrados a Astarte entre los fenicios y a menudo se representaban posados sobre los templos dedicados a ella. Tenemos extensa evidencia en lo que se refiere al ídolo maternal que los buitres tenían para los egipcios.³⁴

En la obra, de la que entre 1892 y 1895 ya se habían publicado tres ediciones, Bent esgrimía numerosos argumentos, basados en la experiencia arqueológica que había adquirido en Oriente Medio, para defender la tesis de que

los autores de esas ruinas [las del Gran Zimbabwe] eran una raza del norte que llegó de Arabia, una raza que se extendió por el mundo de una manera mucho más amplia de lo que hoy podamos imaginar, una raza estrechamente emparentada con los fenicios y los egipcios, sólidos comerciantes, que

³¹ Posselt citado por Matenga, op. cit. p. 56 y por Pleticha, op. cit. p. 183.

³² A.D. Roberts, «The British Empire in Tropical Africa: A Review of the Literature to the 1960s», en Robin W. Winks (ed.), *The Oxford History of the British Empire. Volume V. Historiography*, Oxford: Oxford University Press, 1999.

³³ Nodoro, op.cit., p. 98.

³⁴ J.T. Bent, *The Ruined Cities of Mashonaland: being a record of excavation and exploration in 1891*. (1892) London: Longman, Green & Co., 1895, p. 184.

terminó evolucionando en las razas más civilizadas del mundo antiguo.³⁵

Sin embargo, no incluyó ningún aserto relativo a Ofir, lo que parece que decepcionó a los lectores que, siguiendo las tendencias de la época, esperaban referencias a la reina de Saba y al rey Salomón. En cualquier caso, su obra se reseñó en revistas científicas de la época, que subrayaban sus conclusiones:

Parece evidente que una raza prehistórica construyó las ruinas en aquel país, una raza mítica como los pelagos, que habitaron las costas de Grecia y Asia Menor, una raza como la de los míticos habitantes de Gran Bretaña y Francia que construyeron Stonehenge y Carnac, una raza que dominó hasta los albores de la historia, que suministró oro a los mercaderes fenicios y árabes, y que finalmente se vio influida o quizá absorbida por los pueblos semitas, más ricos y poderosos.³⁶

Otra medida que Rhodes tomó fue encargarle al escritor Arthur Wilmot que rastrease todas las bibliotecas y archivos europeos en busca de pruebas corroboradoras de que los constructores del Gran Zimbabwe no habían sido oriundos de África.³⁷ Y si Bent había concluido que los artífices del monumento fueron los semitas, Wilmot, en su libro *Monomotapa (Rhodesia): Its Monuments, and Its History from the Most Ancient Times to the Present Century* publicado en 1896, aseguraba que habían sido los fenicios.

Demostrar el origen no africano de las ruinas era muy importante para Rhodes —tal como señala Pikirayi—,³⁸ pues le podía servir para reclamar el territorio alegando que, en realidad, los lugareños africanos eran descendientes de quienes en su día arrebataron aquellas tierras a los ‘antiguos’, a una ‘raza civilizada’ cuyo máximo exponente sería el Gran Zimbabwe.

Quizá esta idea estuviera también detrás de la concesión que en 1895 le otorgó Rhodes —en nombre de la British South Africa Company—, a la Ancient Ruins Company, fundada por dos buscadores de oro W.G. Neal y G. Johnson, para explotar, esto es excavar en busca de oro, todas las ruinas de Rhodesia, a excepción de Gran Zimbabwe. Sus prospecciones en busca de tesoros dañaron y expoliaron los restos de la acrópolis, y le proporcionaron datos al abogado y arqueólogo aficionado Richard Nicklin Hall para el libro que firmaron ambos y cuya introducción resulta sumamente reveladora.³⁹

³⁵ Ibid. p. xviii.

³⁶ Thomas Wilson, «Reviewed Work(s): The Ruined Cities of Mashonaland, being a Record of Excavation, and Exploration in 1891 by Longman», *American Anthropologist*, Vol. VI, n.º 3, July 1893, p. 344.

³⁷ Anthony Chennells, «Great Zimbabwe in Rhodesian Fiction», *Zimbabwean Transitions. Essays on Zimbabwean Literature*, monográfico de Matatu. *Journal for African Culture and Society*, editada por Mbongeni Z. Malaba and Geoffrey V. Davis, n.º 34 (2007), p. 7.

³⁸ Innocent Pikirayi, *The Zimbabwe Culture. Origins and Decline in Southern Zambebian States*. Walnut Creek: Altamira Press, 2001, p. 11.

³⁹ R. N. Hall y W.G. Neal, *The Ancient Ruins of Rhodesia (The Monomotapæ Imperium)*. London: Methuen & Co., 1902, p. 385.

Dedicado, con permiso, al Ilmo. Sr. A. Wilmot, K.S.G., F.R.G.S.⁴⁰, miembro del Consejo Legislativo de la Colonia de El Cabo, autor de *Monomotapa (Rhodesia): Its Monuments, and Its History from the Most Ancient Times to the Present Century* como expresión de la profunda y ampliamente sentida gratitud que sienten los sudafricanos por sus exhaustivas investigaciones en la historia antigua de Rhodesia, y por sacar a la luz en los documentos olvidados de los archivos de El Vaticano y Lisboa la información relativa a las antiguas ruinas de Rhodesia y a las razas medievales del Imperio Monomotapa.⁴¹

En un alarde de aparente erudición, Neal y Hall compilan todas las teorías acerca del origen del Gran Zimbabwe y del reino de Monomotapa aparecidas hasta entonces para elaborar una cronología y un contexto en el que ubicar el inventario de las ruinas visitadas por ellos y por otros. Así, su obra, en cuyo prefacio afirman haberse contentado con «exponer las opiniones de diversos autores, pero sin expresar ninguna opinión definitiva al respecto», transmite la idea de que los primeros habitantes del actual Zimbabwe fueron pueblos sabeos y yemeníes, a los que siguieron los fenicios y los hebreos. Además, a pesar de afirmar que escapa al cometido de su libro, Neal y Hall dedican diez páginas al debate sobre si «Rhodesia es la Ofir de las Escrituras».⁴²

La asociación de Ofir con el antiguo reino de Monomotapa era una cuestión candente, también porque implicaba la existencia y la historia de dicho reino y, apenas unos años antes en una obra de 1896, George McCall Theal había traído a colación el término ‘monomatapa’ precisamente para negarla. En una maniobra maestra aparentemente erudita, Theal aborda primero el análisis lexicológico de la palabra para desentrañar su significado: con tal fin recurre a su similitud con otras lenguas bantu, al tiempo que aprovecha la ocasión de manera sutil para desestimar la labor transcriptor de los cronistas lusos diciendo que «[L]os portugueses no eran muy cuidadosos con la ortografía de los nombres bantú». En este terreno, Theal concluye:

En consecuencia, monomatapa significaba jefe de algo, si bien qué fuera ese algo no queda claro. Parece, al analizarlo, que fuera jefe del monte, y hay otras razones para creer que ese es su significado correcto [...] Pero hay otras explicación de la palabra que le daría un origen más romántico. Puede que significase jefe de las minas [...] Es posible, pero resulta tan improbable que es prácticamente seguro traducir la palabra *monomotapa*, *manamotapa* o *manomotapa* —según las grafías de los diferentes escritores portugueses— por jefe de la montaña.⁴³

⁴⁰ Caballero de la Orden de San Jorge, Miembro de la Real Sociedad Geográfica.

⁴¹ R. N. Hall y W.G. Neal, op. cit. Dedicatoria.

⁴² Ibid., p. 35.

⁴³ George McCall Theal, *The Portuguese in South Africa; with a description of the native races between the river Zambesi and the Cape of Good Hope during the sixteenth century*, (1896), New York: Negro Universities Press, 1969, pp. 122-123.

A continuación, Theal brinda sus argumentos para refutar la existencia misma del reino en cuestión:

La palabra *Monomotapa* tiene cierto interés en tanto en cuanto se ubicó en los mapas de la época como si fuera un territorio, no el título de un gobernante, y pronto se le aplicó a toda la región que va del Zambesi a la desembocadura del río Fish. Los geógrafos que no sabían nada de la región escribieron la palabra en sus mapas, y unos les copiaron a los otros hasta que se generalizó la creencia de que un pueblo con una avanzada civilización y gobernado por un poderoso emperador había ocupado todo el sur de África [...] pero nadie rectificó el error, porque nadie podía sustituirlo por lo que hubiera sido correcto [...] Semejante imperio jamás existió.⁴⁴

Las palabras de Theal conviene ponerlas en su contexto, no solo el personal —complejo y complicado— del historiador autodidacta «más prolífico, influyente y controvertido de Sudáfrica»,⁴⁵ sino también en el histórico de finales del siglo XIX, en el que, por un lado, las potencias europeas intentaban conseguir el control real de determinados territorios para reclamarlos como propios, de acuerdo con lo estipulado en la Conferencia de Berlín (1884-85) en la que habían diseñado el reparto de África. Por otro, convenía afianzar la idea legada por la trata de esclavos de que los africanos eran inferiores, también culturalmente, y por tanto debían ser guiados y civilizados por ‘el hombre blanco’ cuyo deber era asumir dicha carga.

Finalmente, la región austral era objeto de enmarañados afanes y aspiraciones: era el tiempo del nacionalismo afrikaner a la par que el del expansionismo imperialista británico cuyo conflicto explotaría en la guerra anglo-boer; era el tiempo de las fiebres del oro y de los diamantes, que atrajeron a un confuso combinado de emigrantes aventureros y exploradores buscando ‘su lugar’ en aquel mundo que no siendo el suyo querían poseer.

Para reclamarlo necesitaban también argumentos que les brindasen una base moral sobre la que hacerlo. Esa senda ideológica es la que parece transitar el polifacético exponente del nacionalismo afrikaner Stefanus Jacobus du Toit; aunque no fue un historiador *stricto sensu*, jugó un papel notable en la difusión del origen mítico y ficticio del Gran Zimbabwe a través de su novela *Di konigin fan Skeba, of Solomon syn oue gouldfelde in Sambesia* (La reina de Saba, o las minas del rey Salomón en Zambezia), publicada en 1898. En la novela, la primera en afrikaans, que narra un viaje a las ruinas del Gran Zimbabwe, hay un pasaje revelador en el que un ‘nativo’ le habla del lugar al protagonista de la historia:

Mi padre me contó lo que le había contado su padre. Hace muchos años, hace más años de los que yo pudiera contar, vivían aquí los abalanga, hombres

⁴⁴ Ibid. p. 124.

⁴⁵ Merle Babrow, *A Critical Assessment of Dr. George McCall Theal* (Tesis de M.A.), Cape Town: University of Cape Town, 1962. p. 1.

blancos. Tenían una reina blanca cuyos cabellos le llegaban a los pies. Entonces llegaron otros blancos que venían del agua anchurosa, de donde sale el sol [...] construyeron grandes casas con tejados de piedra. Tenían muchas armas, lanzas y flechas y sables. Sometieron a nuestras tribus y nos hicieron esclavos. Nos obligaron a cavar angosturas en la tierra para sacarle isipi, oro.⁴⁶

Y, aunque no se suele mencionar muy a menudo, Rhodes (fallecido en 1902) también estuvo detrás de la misión que la British Association for the Advancement of Science le encargó al arqueólogo y egiptólogo David Randall-Maclver, pues fue la fundación que Rhodes había establecido en su testamento la que financió la expedición. Randall-Maclver tenía el encargo de clarificar la controversia en torno al origen y la datación del Gran Zimbabwe. El egiptólogo llevó a cabo su cometido, hablando también con los lugareños —algo que, por lo visto, no era frecuente—, y publicó sus hallazgos en un libro titulado *Medieval Rhodesia*. En un artículo previo los resumía:

Creo que mis excavaciones han respondido a las preguntas [formuladas] y han probado que:

1. las ruinas de Rhodesia pertenecen a un solo periodo;
2. el periodo en cuestión es medieval y posmedieval;
3. los edificaciones fueron construidas por los pobladores cuyos utensilios, armas y ornamentos han sido hallados en el lugar, esto es, por una raza negra o negroide emparentada con quienes ahora habitan en el país.⁴⁷

Cabría preguntarse por qué precisamente una institución británica estaba interesada en aclarar la cuestión del origen de las ruinas si, al fin y al cabo, el origen foráneo servía para avalar el derecho a la colonización. Y cabría responder que la decisión estaba influida, en alguna medida, por la política. Por un lado, Rhodesia estaba no bajo el control directo del gobierno británico, sino bajo el control de una compañía privada, la British South Africa Company, aunque esta contase con una carta de franquicia; por otro, las relaciones entre la metrópolis británica y los boer afrikaner seguían siendo tensas a resultas de los anhelos independentistas de los últimos, y Londres temía que Rhodesia siguiera un rumbo similar al que llevaban las provincias bajo su dominio en el sur de África.

Las conclusiones de Randall-Maclver, como puede suponerse no sentaron demasiado bien entre los colonos y los políticos de Rhodesia y la controversia resurgió con mayor ímpetu. Sin embargo, los trabajos de Gertrud Caton-Thompson entre 1928 y 1929, que se publicaron en un libro titulado *The Zimbabwe Culture*, corroboraron los resultados de Randall-Maclver.

Sin sobrevalorar la seguridad de mis hallazgos, he expuesto los resultados de

⁴⁶ Fragmento de la novela de Du Toit citado por Heinrich Pleticha, op. cit., p. 154.

⁴⁷ David Randall-Maclver, «The Rhodesia Ruins: Their Probable Origin and Significance», *The Geographical Journal*, Vol. 27, No. 4 (Apr., 1906), p. 328.

mis excavaciones: el examen de todos los restos hallados, recogidos en todas partes, no muestran ni una sola pieza que no esté en consonancia con el postulado del origen bantu y la datación medieval.⁴⁸

Por si sus conclusiones no se entendieran, Caton-Thompson ya indicaba en la introducción que «[S]i por *indígena* se entiende que tiene su origen en el país en el que se encuentra, entonces las ruinas son, en mi opinión, indígenas en el sentido pleno de la palabra».⁴⁹

Ambos Randall-Maclver y Caton-Thompson no tuvieron que enfrentarse solo con los prejuicios y el enojo de las sociedades colonialistas, la British Association for the Advancement of Science tampoco pareció muy satisfecha con el resultado de sus trabajos. Es probable que en dicha actitud hubiera también ‘un signo de los tiempos’, de las ideas supremacistas que pululaban por Europa en vísperas de la Segunda Guerra Mundial. La guerra aplacó en cierta medida la controversia.

Años después, cuando Rhodesia del Sur declaró unilateralmente su independencia en 1965, volvía a ser necesario recuperar el mito del origen legendario del Gran Zimbabwe, en contra incluso si fuera necesario de cualquier evidencia científica. Así, Andries Johannes Bruwer publicó *Zimbabwe: Rhodesia's Ancient Greatness*, en el que, de nuevo, se recuperaba con vigor el mito del origen semítico del Gran Zimbabwe. El libro «celebraba que hubieran tomado [el control] de Rhodesia los partidarios de la línea dura que rechazaban la evidencia científica en favor de los africanos, y tales conclusiones se atajaban con una censura severa».⁵⁰

De acuerdo con esa postura, en 1969 el diputado por la provincia de Victoria, George Holland Hartley, a la sazón militar de alto rango, decía en una alocución en el parlamento:

Quisiera llamar la atención del señor ministro sobre lo que parece una creciente tendencia entre los funcionarios o cuasi funcionarios de alta categoría con respecto a la historia de las ruinas de Gran Zimbabwe. Este hecho está provocando cierta consternación en mi distrito, sabiendo, como bien sabe su señoría, que las ruinas se encuentran en él. Hay una tendencia, que recorre toda la presentación de la imagen de las ruinas, aparentemente dirigida a promover la idea de que dichas ruinas fueron construidas por los indígenas de Rhodesia. Puede que esta noción sea muy popular entre los seguidores del Zimbabwe African Peoples Union (ZAPU) and Zimbabwe African National Union (ZANU) y en la Organización de la Unidad Africana, me gustaría apuntar que esta idea no es sino una mera conjetura. Creo que está mal que se permita que semejante idea se siga difundiendo, sobre todo en los propios círculos del Gobierno [...] creo que ya es hora de que se divulguen

⁴⁸ Gertrude Caton-Thompson, *The Zimbabwe Culture. Ruins and Reactions* (1931). London: Frank Cass & Co., 1971, p. 199.

⁴⁹ Ibid. p. 7.

⁵⁰ Edward Matenga, op. cit. p. 155.

otras de las teorías acerca del origen de las ruinas. Esa tendencia acerca del origen bantú de las ruinas, sobre todo entre el personal de la Comisión de Monumentos Históricos Nacionales ha de corregirse.⁵¹

La alusión iba dirigida claramente al historiador Peter Garlake, que en 1964 había sido nombrado inspector de monumentos por la Historical Monuments Commission of Rhodesia (Comisión de Monumentos Históricos de Rhodesia). Garlake, que estaba estudiando y excavando las ruinas y no se mordía la lengua a la hora de atribuir el origen de las ruinas a los antepasados de los africanos, continuó en su puesto hasta 1970, pero su insistencia en atenerse a los análisis científicos de los restos le valieron la animadversión de los políticos segregacionistas y finalmente se vio obligado a exiliarse en 1970. Sus hallazgos, no obstante, se recogieron finalmente en el libro *Great Zimbabwe*, publicado en 1973. En la obra, Garlake hacía un repaso de la teorías referentes al origen no africano del Gran Zimbabwe y refutándolas afirmaba rotundamente que la acrópolis había sido construida por africanos.

Para contrarrestar la voz de Garlake, se publicó, entre otros, *The Origin of the Zimbabwean Civilisation*, popular obra de Robert Gayre que «había estado destinado en el servicio de inteligencia en Italia durante la guerra y tenía vínculos con grupos pronazis» y que «aparte de un breve periodo como profesor de ‘antropogeografía’ en la Universidad de Saougor en Mdhya Pradesh [...] habitaba los márgenes de la academia».⁵² El libro, quizá en un intento por imitar el sistema argumentativo de Garlake, hacía un repaso de las teorías que habían aparecido hasta entonces intentando refutarlas. Gayre, reverberando los discursos de los políticos más segregacionistas concluye afirmando:

La escuela proto-bantu carece completamente de mérito alguno y, ya que ha tomado la palestra y su opiniones se repiten de manual en manual y en cualquier relato que divulgue la civilización protohistórica megalítica de Rhodesia, es este mito el que hay que reventar de una vez por todas para que no se perpetúe una desatinada distorsión de la historia racial.⁵³

Apenas ocho años después el panorama político en el país del Gran Zimbabwe había mutado para hacerse casi irreconocible: Zimbabwe era un país independiente. El cambio comportó la elaboración de una narrativa diferente acerca de la historia, una narrativa distinta de la que había forjado Rhodesia, y una aproximación diferente al patrimonio, aunque quizá no tanto, como sugiere Edward Matenga:

Los colonos en Rhodesia, por ejemplo, utilizaron el patrimonio arqueológico

⁵¹ Julie Frederikse, *None but Ourselves, Masses vs. Media in the Making of Zimbabwe*. Harare: Zimbabwe Publishing House, 1982, p. 11,

⁵² Saul Dubow, «Racial Irredentism, Ethnogenesis, and White Supremacy in High-Apartheid South Africa», *Kronos: Southern African Histories*, n. 41, November 2015, p. 250.

⁵³ Robert Gayre of Gayre and Nigg, *The Origin of the Zimbabwean Civilisation*. Salisbury: Galaxie Press, 1972, p. 212.

para marginalizar a las poblaciones autóctonas tanto distanciándolas de la gestión cotidiana de su propio patrimonio como urdiendo una trama ideológica acerca de la ocupación semítica precolonial [...] Del mismo modo cuestiones relacionadas con el patrimonio han configurado el panorama político postindependiente de Zimbabwe ayudando a crear una identidad nacional mediante la creación y la promoción de narrativas nacionales.⁵⁴

Las nuevas narrativas históricas, que se empezaron a elaborar ya antes de la independencia debían contribuir a la trabazón nacional. Para ello, los políticos volvieron a tomar sus medidas y, por ejemplo, el historiador Ken Mufuka, fue nombrado director de museos de 1982 y recibió el encargo del Gobierno de volver a escribir la historia del Gran Zimbabwe:

Se suponía que utilizaría mis cualidades de escritor para escribir un nuevo manual sobre Zimbabwe que se distanciaría de la interpretación eurocéntrica [...] Fue una de las épocas más felices de mi vida, pero también estuvo llena de retos, pues los políticos se empeñaron en que debía decir que el Gran Zimbabwe había sido la obra de revolucionarios [...] y me negué: «No —dije— no hay nada revolucionario. Eran ordinarios shona que hicieron lo que les decía su rey». Así que se enfadaron conmigo y tuve que abandonar el país a toda prisa, tuve que hacer las maletas precipitadamente porque me buscaban para encerrarme. Todos los que están en el poder quieren controlar la historia, porque la historia engendra poder. Les proporciona legitimidad, y al historiador lo pillan en medio.⁵⁵

⁵⁴ Edward Matenga, op. cit. 34.

⁵⁵ Ken Mufuka en declaraciones a Rebecca Kesby «The Whitewashing of Zimbabwe's Ancient History», *Witness History*, BBC News World Service, emitido el 25 de julio de 2018.